

la iglesia en el panorama político

● FERNANDO STORNI, S. J.

EN todo país donde la Iglesia católica comienza a predicar el Evangelio, se produce, inevitablemente, una conmoción aun en el orden político. *"El establecimiento de la Iglesia en un pueblo, tiene siempre consecuencia positivas en el campo económico-social, como lo demuestran la historia y la experiencia. La razón es que los seres humanos, al hacerse cristianos, no pueden menos de sentirse obligados a mejorar las instituciones y los ambientes del orden temporal: ya para que en ellos no sufra mengua la dignidad humana, ya para que se eliminen o reduzcan los obstáculos del bien y aumenten los incentivos y las invitaciones al mismo"*, así decía Juan XXIII en la *"Mater et Magistra"*.

La Iglesia puede ser considerada uno de esos grupos o factores de poder cuya finalidad espiritual se inquieta y ejerce su influjo también en el campo político.

No nos interesa en estos momentos recordar principios dogmáticos, basados principal, aunque no exclusivamente, en la frase de Cristo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Nos interesa, en cambio, señalar la posición que la Iglesia ha tenido dentro de la política argentina. Recordemos breve-

mente su historia. Curiosa suerte del catolicismo latinoamericano! En pleno siglo XVI al mismo tiempo que se manifestaba en Europa el divorcio laicizante entre lo civil y los organismos eclesiásticos, se instala en nuestra América, a través de España, una nueva cristiandad fuertemente institucionalizada en el orden civil. Nuestro catolicismo fue así prevalente-mente social y tradicionalista. Con la ruptura política, en 1810, se inicia un período de cuasi cisma, en razón de que los obispados americanos poca o ninguna relación pudieron mantener con la Santa Sede. De aquí que, mientras en el orden social-político el influjo católico se realizará a través de sacerdotes o laicos inficionados de alguna herejía, como el josefinismo, se mantuviera en las conciencias a través del influjo familiar.

En la llamada organización nacional se pensó en las relaciones con la Santa Sede y poco a poco se normalizó la provisión de obispados, pero las diócesis siempre fueron escasas. Dos obispados hasta 1806. En 1865 se llega al número de cinco: Córdoba, Buenos Aires, Salta, San Juan de Cuyo y Paraná. Traemos esto a colación no meramente por un deseo estadístico, sino para hacer ver que

una Iglesia con solo cinco diócesis en tan vasto territorio no podía ejercer un influjo masivo. Por otra parte, al comenzar a existir como Iglesia organizada en la Argentina se producen dos fenómenos, uno político, el influjo liberal y laicista; el otro social y demográfico, la gran inmigración, especialmente italiana y española que van a aportar a nuestro país una mentalidad anticlerical que hasta entonces no se conocía. Se forman así en el país y en nuestra realidad política, "dos moldes antitéticos: el molde religioso-social, mantenido por la Iglesia mediante sus propios medios de acción, en continuidad con la tradición precedente, y el molde liberal laicizante instrumentado para hacer desaparecer, en la medida de lo posible, toda influencia pública de la Iglesia" (1).

De aquí una actitud de creciente resentimiento antiliberal que se forma en las capas profundas de la psicología masiva de nuestro catolicismo. Este antiliberalismo colocó a la Iglesia católica en el terreno político argentino en una actitud contraria a lo que se llamó el régimen o el unicato, y la unió, aunque fuera inconscientemente, con las fuerzas de crítica y oposición. Así aparecen sus laicos más representativos, unidos a quienes provocaron la Revolución del 90. Y es uno de sus hombres más conspicuos, actuando dentro de los mismos partidos liberales, Indalecio Gómez, el que propugna y defiende, como ministro del Interior, la llamada Ley Sáenz Peña. Posición antiliberal y populista la llamaríamos que, por otra parte, está enraizada en el espíritu evangélico de ir hacia el pobre.

(1) J. Adúriz, "Religión", en *Argentina 1930-1960*, Ed. Sur, 1961, p. 424.

Esta misma actitud es la que en 1945 decide la opción católica por el peronismo, ante la insistencia por parte de la oposición en sus esquemas laicistas y anticlericales.

Que la Iglesia ejerce un influjo en lo político, nadie lo duda. Pero, ¿cuál es la razón de este influjo? No es directamente como representante de una masa de católicos, que difícilmente aceptarían la dirección de la Jerarquía en lo político, pero sí como reflejo de un ambiente general sentimental católico que puede pesar como una norma límite en las acciones de cualquier Gobierno o cualquier partido político. Y también ejerce tal influjo en razón del prestigio de su Jerarquía. Recientes encuestas prueban de que el clero y en especial los Obispos son considerados por la población como personas con mucha preparación y de honestidad superior a la normal. Esto es más de destacar teniendo en cuenta que el prestigio de los dirigentes en general se halla en baja.

Este influjo tiene poco fundamento en la vida social económica ya que la doctrina social de la Iglesia es poco conocida y menos respetada aún por muchos que se afirman católicos en su vida privada. Tampoco cuenta la Iglesia Argentina con las instituciones que pudieran ejercer un influjo en esos campos. La creación de las Universidades libres puede ser el comienzo de un influjo intelectual más profundo, pero deberán pasar varios años antes de obtener esta finalidad. Por eso, podemos resumir la situación de la Iglesia en lo político como la de un influjo de tipo que marca los límites hasta donde se puede llegar, pero que es incapaz de señalar una orientación concreta. Así

sucedió como ejemplo típico en el caso de Perón. Su influjo se expresa a través de su Jerarquía y no por una presión de masa ni por instituciones sociales o políticas que expresen el pensamiento católico. Esta situación puede, sin embargo, modificarse en los años futuros próximos.

Internamente, el clero ha sufrido asimismo el impacto de las divisiones políticas y sociales de la sociedad argentina en general y esto complica el influjo de la Iglesia, ya que la actitud de miembros del Clero no es comprendida, ni aceptada por católicos y no-católicos.

Entre los laicos católicos se dan claramente en estos momentos dos posiciones, y ambas organizadas. Como señalábamos más arriba, los laicos católicos ocuparon a menudo una actitud opositora frente al gobierno liberal que predominó en el país durante el tiempo de la llamada organización nacional. Pero, desde 1892 esa oposición política prácticamente desapareció como organización y los católicos que intervenían en política lo hacían a través de partidos, sin ningún tipo de confesionalidad.

En 1892 se insistió principalmente, entre los católicos, acerca de un trabajo de tipo social, como fueron los Círculos de Obreros. Estos trabajos sociales culminaron en 1902 con la constitución de la Liga Democrática Cristiana que se mantuvo hasta 1922 con algunos ensayos fracasados de proyección en el campo político. Es curioso que esta Liga "como consecuencia de la incomprensión de su programa y por las circunstancias históricas que se daban en el país, suscitó involuntarios roces con la Jerarquía y en especial, con ciertos sacerdotes que no par-

ticipaban de los principios de la Liga" (2).

Al desaparecer en 1922 deja hombres formados en los grandes principios sociales y políticos que correspondían espiritualmente a los integrantes de la escuela democrática cristiana, considerada la más popular y avanzada, orientadora del movimiento católico alemán, italiano, francés y belga.

Esta tendencia es la que se impondrá finalmente también en la Democracia Cristiana que comienza a gestarse en tiempos del peronismo. Hoy aparece como un movimiento fuerte e independiente y con una orientación netamente populista e identificada por su actual presidente "con una cierta izquierda cristiana" (3). Esta posición política puede, por lo tanto, entenderse como un movimiento de masas, o que quiere serlo. Con el cuidado además de no ser confundido con el *partido católico*, porque entiende que no pueden darse en lo concreto sino partidos políticos de orientación cristiana, que no pueden imponerse a los católicos por el hecho de ser tales.

Una segunda posición política organizada de los católicos se manifiesta especialmente a partir de 1930. Es la corriente conocida como nacionalista. Tiene su fundamento en una concepción más estatista de la política. El catolicismo es concebido como formando parte de una tradición que es necesario mantener. La Ar-

(2) Néstor T. Auza, *La experiencia política y social de los católicos argentinos de 1850 a 1920*. En *Estudios sobre Cultura Argentina*, publicados por la Academia del Plata, Tomo I, Bs. As., 1961, págs. 111-140. Publicado también en libro, editorial Diagrama.

(3) Horacio Suelo, *El drama nacional: autenticidad o fracaso*. Ed. Justicia y Libertad. Córdoba, 1963, págs. 26.

gentina no es la Argentina si no es católica. Desde el punto de vista doctrinal se emparenta con el maurrasismo. Tuvo su gran repercusión popular los primeros años del Gobierno de Perón, pero sus principales representantes fueron rápidamente abandonando las relaciones con ese gobierno. Surgidos la mayor parte de los mismos de las filas de la Acción Católica estuvieron firmemente en la oposición, ante la actitud peronista a partir de 1954. A la caída de Perón se constituyeron en la Unión Federal y otros grupos. Algunos de sus hombres prefirieron intervenir en la política a través de los partidos tradicionales, generalmente como grupo especial, y lo hicieron en varios, inclusive en la UCRI.

Ante estas elecciones han adoptado distintas posiciones apoyando ya al general Bengoa o incorporándose al Frente.

A ellos se puede adaptar lo que S. S. Juan XXIII aplicaba a los movimientos sindicales de inspiración cristiana: *"Creemos poder recalcar que su acción no ha de ser medida sólo por sus resultados directos e inmediatos, fácilmente comprobable, sino además por sus repercusiones en todo el mundo del trabajo [o de la política], en medio del cual difunden ideas rectamente orientadoras y al que lleva un impulso cristianamente renovador"*.

La suerte de la Iglesia no está ligada al éxito de estos movimientos y a veces han sido perjudiciales en cuanto puedan aparecer comprometiendo la libertad eclesiástica. Pero, muy a menudo, han contribuido eficazmente a dar a todos una idea acerca de que los principios evangélicos pueden concretarse en realidades favorables para todos. Esperemos que así también suceda en nuestra Patria. ♦